

**A C T A S**

**II CONGRESO INTERNACIONAL  
DE LA ASOCIACIÓN  
HISPÁNICA DE LITERATURA MEDIEVAL**

**(Segovia, del 5 al 19 de Octubre de 1987)**

**I**

**Editado por:**  
**José Manuel Lucía Megías**  
**Paloma Gracia Alonso**  
**Carmen Martín Daza**

**UNIVERSIDAD DE ALCALÁ**  
**1992**

**UNIVERSIDAD DE ALCALÁ DE HENARES**

**SERVICIO DE PUBLICACIONES**

**ISBN 84-86981-63-8**

**DEPÓSITO LEGAL: M-8718-1992**

**IMPRIME: Imprenta U.A.H.**

## SOBRE EL GÉNERO DEL *TRATADO* DE PERO TAFUR: ENTRE EL LIBRO DE VIAJES Y LA AUTOBIOGRAFÍA

El *Tratado de las andanças e viajes de Pero Tafur*, así correctamente rebautizada la obra por López Estrada, ha sido siempre clasificado dentro del género (o subgénero) del "libro de viajes". Género que en la literatura medieval escrita en castellano cuenta con una corta, si bien importante, representación. Además de nuestro *Tratado*, que relata pormenorizadamente, como sabemos, el viaje que el andaluz Pero Tafur realizara por Europa y Asia Menor entre 1436 y 1439, suele ser incluido dentro del grupo ese interesante espécimen llamado *Libro del conocimiento de todos los reinos e tierras e señoríos que son por el mundo*, compuesto hacia 1350 por un anónimo franciscano. Medio siglo después sería escrita la *Embajada a Tarmorlán*, narración de la misión diplomática enviada en 1403 por Enrique III al gran Tamurbeque (o Tarmorlán), rey de Persia<sup>1</sup>.

El lector más crédulo descubrirá a las pocas páginas que el viaje narrado como autobiográfico por el erudito clérigo del *Libro del conocimiento* es absolutamente falaz. Por tanto, si nos ceñimos al grupo de obras que relaten un viaje histórico y veraz dentro del ámbito de la literatura medieval originalmente escrita en castellano, sólo podremos hablar estrictamente y con propiedad de dos textos como auténticos libros de viajes: la *Embajada a Tarmorlán* y el *Tratado* de Pero Tafur. Sin embargo, acogiendo también las traducciones, libros de ficción o incluso textos latinos, han estudiado el género recientemente Miguel Ángel Pérez Priego y Joaquín Rubio Tovar. Más lejanos quedan los trabajos de Franco Meregalli y Barbara Fick, que partían del criterio menos laxo antes apuntado, si bien incluyendo *El Victorial* en la lista, inclusión cuyo acierto hay que poner seriamente en duda, como en otro lugar he rebatido con más argumentos<sup>2</sup>.

Si partimos, como proponemos, del criterio estricto de considerar tan sólo dos obras como libros de viajes originalmente escritos en castellano, el procedimiento inmediato será bien sencillo: confrontarlas. Descubriremos entonces que sus diferencias son tales -si bien también notables, por supuesto, sus identidades- que no parece atrevido pensar que la *Embajada* está tanto o más cercana a la relación de sucesos o a la cronística real que al propio *Tratado* de Pero Tafur<sup>3</sup>. Y el problema, como siempre, no radica en las obras sino en la imposición de etiquetas estrechas a la que se ven a veces obligadas la crítica y la historia de la literatura. Jean Richard, en el más completo estudio global de libros de viajes europeos que conocemos hasta el momento, ha sido terminante al respecto: la Edad Media nunca tuvo la noción de una literatura de viajes y la agrupación que nosotros realizamos bajo tal nombre reúne artificialmente obras de muy diversa especie<sup>4</sup>.

Estériles taxonomías no pueden hacer más que repetir lo que hay de común entre los libros de viajes y relegar a un segundo término lo que de original tiene cada obra. Por ello vamos a dedicar un pequeño esfuerzo a una propuesta de lectura del *Tratado* en su especificidad literaria. Siguiendo la poética propuesta por Pérez Priego, encontramos que mientras el itinerario, el orden cronológico, el orden espacial y la enumeración de *mirabilia* son comunes a las dos obras, la forma de presentación del relato, la perspectiva es radicalmente distinta, y yo diría que casi contrapuesta. Vamos a intentar mostrar cómo esa forma de presentación, autobiográfica en el *Tratado*, a diferencia del protagonismo colectivo e impersonal de la *Embajada*, resulta determinante para la comprensión del sentido del primero.

Dice Lázaro Carreter que la forma autobiográfica "obedece a una motivación interna" y, por tanto, "se hace preciso buscar en el relato mismo las causas de su elección"<sup>5</sup>. A nuestro juicio, en el relato del viaje de Pero Tafur existen claves, que no han sido apenas consideradas y que pueden ayudarnos a explicar no sólo la elección autobiográfica, sino la misma empresa de escritura del *Tratado*. El itinerario de Pero Tafur está jalonado por los encuentros del hidalgo con los mayores personajes de la historia de aquel momento. Hagamos un somero elenco de los mismos, en orden cronológico:

En Bolonia Tafur se encuentra con el Papa Eugenio IV; en Gubio con Guid'Antonio de Montefeltro, conde de Urbino; en El Cairo con el Gran Soldán; en Chipre con el rey de la isla; en Rodas con el Gran Maestre del Temple; en Constantinopla, no sólo con el Potestad del Imperio, sino con el propio Emperador Juan VIII el Paleólogo. Si no acepta las invitaciones del Emperador de Trebizonda, el Commeno Juan IV, es porque Tafur le recrimina a éste haber traicionado su

cristiandad casando con la hija de un turco. En Caffa es recibido también por el Potestad de la ciudad. De regreso a Europa, en Ferrara volverá a encontrarse con el Emperador de Constantinopla y también con el marqués de Ferrara y su hijo; en Basilea con el arzobispo de Colonia; en Cleve con el duque de Borgoña, y en Praga con el duque de Sajonia y con el rey Alberto II, recién elegido Emperador. En Viena, en fin, con el futuro Emperador Federico y, en Milán, asegurará haber visto al esquivo Filippo Maria Visconti y haber conocido al gran Francesco Alejandro Sforza.

Como vemos, Tafur podía vanagloriarse de su trato con la más alta nobleza del momento. No sólo demuestra haberla conocido y visto, lo que habría sido hasta cierto punto fácil, sino haber sido acogido, invitado, honrado y regalado por ella. Las citas harían demasiado larga la exposición y he intentado recogerlas en otro momento<sup>6</sup>. Nos conformaremos con sintetizarlas, concentradas en la palabra clave y repetida para muchos de esos encuentros: "doméstico". Dondequiera que vaya Tafur se siente "doméstico", como en casa. Su actitud pragmática respecto a la nobleza consiste en una mezcla de sentimientos de comodidad, protección, elitismo y privilegio.

De hecho, si Tafur escribe su *Tratado* es para prestigiarse a sí mismo retratándose como uno más dentro de esa galería de personajes nobles -algunos de ellos, por cierto, genialmente inmortalizados por artistas como Gozzolo, Pisanello o el propio Piero della Francesca-, para justificar así su pertenencia a la clase social dominante en Europa<sup>7</sup>. Pero su ambición reivindicativa va mucho más lejos. Si leemos con atención el que consideramos capital pasaje de la obra, comprenderemos que uno de los propósitos principales de ésta -¿también del viaje?- consiste en certificar la antigüedad y realeza de su propio linaje, poniendo como fiador nada menos que al Emperador de Constantinopla. Vale la pena detenerse aquí.

Cuando consigue ser recibido por el Emperador, dice Tafur: "allí le fize reverençia é le dixé cómo yo venía así por visitar su persona é casa é ver sus tierras é señoríos, é principalmente por saber verdaderamente la raçón de mi linaje, que se dizie aver salido de allí é de la sangre imperial suya" (*Tr.*, 140). Tafur postula nada menos que la conexión de su linaje con el de la familia del propio Emperador. Le contesta éste que "mandaría catar las estorias antiguas é saber la verdad de todo", y a los pocos días le ofrece en respuesta una historia legendaria (comienza con un sospechoso "dizen que antiguamente -el tiempo que me fué dicho non se me miembra bien-, que un emperador..."), historia según la cual el linaje de Tafur se remonta a un príncipe de Constantinopla, que se rebeló contra

su padre el Emperador y vino a Castilla en tiempos de Alfonso VI, tomando el nombre de "conde D. Pedro" o "D. Peryllán" (Pedro Yllán), "el qual fué padre de D. Estevan Illán"<sup>8</sup>. ¿Qué podía haber de cierto en tal linaje? Las noticias que en nuestra crónica pudieran documentarlo son confusas o muy distintas de lo expuesto en el *Tratado*, y no sabemos hasta qué punto han podido estar viciadas por la misma obra las que ofrecen las genealogías<sup>9</sup>. El caso es que el mismo Tafur duda cuando hace descender de esta rama a un personaje, éste sí perfectamente atestiguado: "é aquel D. Pedro Ruyz Tafur, que fué principal en ganar á Córdova, era nieto del conde D. Estevan Yllán, fijo ó nieto [antes había afirmado que era hijo] de aquel D. Preyllán, príncipe que ya dixé"<sup>10</sup>.

No sólo por los personajes constatados crónicamente (Pedro Ruiz Tafur) o remotamente discernibles (Pedro y Esteban Illán), sino por la misma etimología del apellido "Tafur", resulta evidente que los argumentos que expone Tafur en este crucial capítulo del *Tratado* no pueden ser descartados como ficticios más que en una pequeña parte<sup>11</sup>. No es de extrañar, por igual razón, que el autor se extienda largamente a continuación en explicar por qué las armas originales de su apellido (los jaqueles) habían cambiado siglo y medio antes por otras (eslabones), con las que ya no coincidían las de Tafur, cuidando de puntualizar que todavía "oy están por los muros é torres é posadas antiguas é iglesias de la çibdat [Constantinopla] é que si yo traigo en mis armas unas barras dentro, esto es, que por casamientos se a mezclado". Todo ello no significa que el *Tratado* nos muestre exclusivamente la imagen monolítica del caballero en busca de su honra. Al contrario, Tafur se describe a sí mismo bastante abiertamente y sin la menor conciencia de que ello contradiga sus ambiciones de clase, como un burgués que circula con toda soltura por el mundo de las finanzas, poniendo y quitando sus "cambios", es decir sus valores mercantiles. Y se muestra, además, enormemente sensibilizado, como ya anunciaba en el Prólogo, por "el conocimiento de lo más provechoso a la cosa pública [...], en que principalmentee se deben trabajar los que de nobleza no se querrán llamar enemigos"<sup>12</sup>. En especial, como veinticuatro de Córdoba que era, admirado por las avanzadas soluciones a los problemas de infraestructura urbana (planificación urbanística de Venecia, limpieza y sanidad), servicios municipales (bomberos de Estrasburgo) y sociales (orfanatos, asilos de ancianos, hospitales...)<sup>13</sup>.

Teniendo en cuenta los afanes genealógicos y heráldicos comunes a la biografía del XV y XVI no resulta nada extraño que el itinerario del prestigio sea el dominante en la obra, mientras que el del comercio o el del interés cultural por las tierras que visita parezcan suplementarios<sup>14</sup>. El hecho de poder jactarse y

mostrar su viaje como una hazaña de caballero, la de haber encontrado sus orígenes nobles en remotas tierras, con todas las implicaciones que ello podía comportar en una sociedad rígidamente estamentada, resulta sin duda la explicación más razonable y coherente para entender la motivación global de escritura del libro. Ideológicamente, el *Tratado* se concibe y explica mucho mejor como autobiografía que como libro de viajes, por el simple motivo de que traza la trayectoria de una conciencia humana que busca, encuentra -o pretende haber encontrado- y reivindica una faceta de su personalidad hasta ese momento despreciada, oculta u olvidada. Lo hace, eso sí, a lo largo de un itinerario de acontecimientos. Es a través de ellos, a través del libro de viajes, como puede demostrar su origen, pertenencia y aceptación como miembro de pleno derecho en la clase social nobiliaria.

No es el libro de viajes el que se sirve de la autobiografía para hacer más verosímil el relato o darle unidad. Es la autobiografía la que se sirve del libro de viajes y lo utiliza como cauce para insertar subrepticamente su mensaje ideológico. No cabe duda de que la evolución de ese camino hacia el prestigio que traza la obra, y que culmina en Constantinopla, está de algún modo solapada, falta de una libre expresión, agazapada tras ese itinerario de acontecimientos que domina en el texto con su a veces apabullante cúmulo de informaciones y minuciosas descripciones. El itinerario del prestigio se oculta como un doble fondo dispuesto en la maleta del viajero.

Entraríamos aquí en el problema de la aceptación como expresión literaria de la autobiografía en pleno siglo XV, cuando incluso los biógrafos tenían que esconder o disfrazar su legítimo proyecto de escritura, por ser todavía demasiado extraordinario en su novedad. Díez de Games introduce su biografía de Pero Niño después de un larguísimo *Prohemio* en el que el autor asegura haberse propuesto escribir un manual de caballería. Sánchez Alonso, en su *Historia de la historiografía española*, ya destacaba que, al tiempo que Pérez de Guzmán iniciaba la biografía colectiva de contemporáneos, Games, el autor de *El Victorial*, "casi creaba también la unipersonal, género del que sólo hemos encontrado hasta ahora [h. 1430] un ejemplar: la crónica latina del Cid". Esto le llevaba a considerar que "tal vez la novedad del propósito le movió a disfrazarlo, como si su finalidad hubiera sido historiar y definir la Caballería"<sup>15</sup>. Las biografías del arzobispo Alonso Carrillo y del maestro Alonso de Monrroy, por citar dos casos posteriores en el siglo XV, no se presentan nunca como tales, sino como prohemios a sendos tratados. Si en el primer caso resulta extraño pero al menos cierto, en el segundo parece totalmente injustificable dadas las dimensiones de la biografía (desproporcionadamente larga para un prohemio) y el factor de que el supuesto

"Tratado" que la acompañaría se ha perdido o, sencillamente, nunca existió y el autor inventó su mención para legitimar su obra<sup>16</sup>.

Si la biografía entra con timidez, miedosa, durante el siglo XV, ¿qué no diremos de la autobiografía, de la que tan sólo conocemos el ejemplo excepcional y brevísimo de las *Memorias* de Leonor López de Córdoba? En todos estos casos nos encontramos con que la historia unipersonal, real o ficticia, debe ser justificada por su ejemplaridad y no es permisible su total autonomía. Cuando surgen deseos individuales de prestigio y fama en los albores del Renacimiento, no existen todavía cauces literarios suficientes para canalizar esas ansias novedosas de perpetuarse en la historia o ganar fama a través de las letras. Las crónicas oficiales no sirven para narrar biografías independientes. Las formas nuevas entran en conflicto con las existentes.

Con todas sus dificultades, la alta nobleza (reyes, condes, condestables y maestros de órdenes militares) accede progresivamente durante el XV a la posibilidad de pagar y recibir, como productos de prestigio social y político, los monumentos literarios a sus famas. Pero la biografía de un personaje tan relativamente minúsculo como Pero Tafur habría carecido de sentido (con una variante extremada de esa ridícula posibilidad juega la ficticia autobiografía de Lázaro de Tormes). Faltaba todavía un tiempo de maduración para que un proyecto de ese estilo fuera comprendido y aceptado. De ahí que Tafur opte por escribir su pequeña biografía de propia mano, conformándose y conformándola al molde del libro de viajes o, mejor, del libro de un viaje muy especial, un viaje que podía justificar todas las pretensiones sociales o políticas tras su regreso a Córdoba.

Con todo, Tafur podía haber compuesto su libro imitando con su escritura la objetiva e impersonal de la prosa histórica, y en concreto del otro libro de viajes que él con casi total seguridad conocía, la *Embajada a Tarmorlán*. Todo lo contrario, Tafur, frente al reto de la novedad de propósito, demuestra una enorme libertad para manejar con perspectiva su obra, para, consciente de las posibilidades de la nueva fórmula *yo / autor=yo / personaje*, intentar fundir ambas en la expresión de una misma idea del mundo<sup>17</sup>. Tafur escribirá su *Tratado* dejando traslucir una determinada personalidad vital, a través de una cierta perspectiva, en muchas ocasiones lejana de la neutra escritura de la historia oficial, y eso será lo que confirme el carácter autobiográfico de nuestra obra: su distanciamiento irónico sobre los acontecimientos narrados.

Vamos a intentar demostrar el funcionamiento de ese distanciamiento o perspectiva a través de dos aspectos narrativos: el humor y la teatralidad. En ambos se fundirán las dos caras de Tafur: autor y personaje. De ambos sobresaldrá un

"yo"/*persona* y no *forma*, que pretende ser fiel a sí mismo, y no a la historia, porque la historia que le interesa contar es la suya propia. Un "yo", entre Juan Ruiz y Lázaro de Tormes, simpático, irónico, audaz a veces, miedoso otras, burlesco y festivo muchas.

Los ejemplos de distanciamiento irónico y humor son numerosos, y no es éste el momento de citar ni siquiera los más representativos. Sólo queremos hacer hincapié en que no constituyen la excepción sino la regla en el discurso del *Tratado*. Si descubrimos los sutiles registros de ironía que el autor emplea, su lectura nos depara constantes y gratas sorpresas. Su humor es moralizante cuando refiere que en Roma "jamás hallé un ombre [...] que me sopiese dar razón de aquellas cosas antiguas [monumentos] por que yo demandava, más creo que lo sopiesen dar de la tavernas é lugares deshonestos" (*Tr.*, 34-35). Es abiertamente satírico, como cuando comenta el comportamiento de todo un arzobispo de Colonia, que -dice- "segunt su paramento, más apto me paresçie para la religión seglar que para la eclesiástica [...] é las damas, que me paresçie que aún del todo non las tenié aborridas" (*Tr.*, 241-2). Ese repetido "me paresçie" introduce cautamente la subjetividad del autor, el impresionismo o, sencillamente, un realismo valorativo y descriptivo de cuya originalidad es perfectamente consciente Tafur.

Comprobemos con qué desenfado y malicia nos habla de los baños públicos de Basilea (en los que, por cierto, reparaba -y no sin razón- cualquier turista europeo de la época, por ejemplo Leo von Rozmital): "Allí me paresçe que no han por deshonesto entrar [...] los ombres e las mugeres desnudos en carnes". Y observemos cómo Tafur/*persona* se comporta con la misma malicia que Tafur/*autor*: "Estava allí una señora [...] é a sus donçellas muchas vezes me acaesçió echalles dineros de plata en el suelo del agua del baño, é ellas avíanse de çabullir para sacarlos en la boca, é de aquí se puede creer qué es lo que tenían alto, quando la cabeça tenían baja"... (*Tr.*, 234-5)<sup>18</sup>.

El humor tiene otros registros, como hemos dicho, desde el del escepticismo y la incredulidad, que sintetiza con litote ("aun esto non es pecado dexallo de creer"), al de la cobardía, la sensualidad, el sarcasmo, la hipérbole, el localismo...<sup>19</sup>.

Pero habíamos hablado también de la teatralidad. Tafur muestra ser un consumado actor, complemento perfecto para redondear la simpática figura que vamos conociendo. Existe un episodio concluyente al respecto. Camino de Gubio, Tafur encuentra la comitiva del conde de Urbino y se propone dársele a conocer: "vile venir en medio de los clérigos é cantando ansí como ellos [...] Yo llegué al

conde é le fize reverencia é le dixie que me fiziese algunt bien por amor de Dios, que era un pobre ombre que venía de Roma é yva a Ierusalem...". Después descubriremos que previamente se ha disfrazado con el hábito de los peregrinos. Pero advirtamos ahora cómo organiza Tafur su montaje teatral: "é los míos quedaron a trecho, que les avía dicho que non llegase ninguno conmigo". El conde comienza a interrogarle, admirado de sus modales y desconociendo que se trataba de un gentilhomme: "preguntóme de mi neçessitat cómo venía é qué es lo que avía menester". Llegado el punto álgido de la broma, Tafur finalmente se descubre: "le conté el caso de mi venida, é por qué avía venido a pie, é cómo non avía menester ninguna cosa, que yo traya asaz para mi camino, mas que, por visitarlo e fablar con él, me avía llegado en aquel ábito". La reacción del conde tras el simpático entremés no se hace esperar: "me abrazó tan estrechamente"... le ofreció todo lo suyo y regaló esplendidamente (*Tr.*, 38-9).

¿Por qué ha actuado así Tafur en esta "escena"? Antes que nada, no lo dudamos, por divertirse. Aunque el episodio redunde a la larga en prestigio, su esencia es casi exclusivamente lúdica, teatral. Puede que Tafur se condujese diariamente como un simpático payaso, pero su carácter es algo que no nos importa. Lo que nos importa es que juzgaba ese comportamiento digno y natural en su *Tratado*, que no pensaba que menoscababa su *figura* en la obra, sino al contrario, que la enriquecería y produciría diversión a su lector o lectores. No es la única ocasión. Tafur se disfraza, simula y miente en otras ocasiones, a veces en evitación de peligros, pero otras por simple diversión<sup>20</sup>.

Se cumple la coherencia entre Tafur/*autor* y Tafur/*personaje*. El primero utiliza la clave de humor, aunque dentro de un registro de una finura tal que a veces no ha sido entendido. El segundo demuestra en algunos episodios poseer un sentido del humor y capacidad ficticia dignas del autor de su *Tratado*, es decir, de él mismo.

En conclusión, ¿es el *Tratado* de Pero Tafur un libro de viajes? Por supuesto que lo es. Es uno de los dos únicos libros históricos de viajes que conocemos escritos originalmente en castellano en la Edad Media. Pero hemos intentado demostrar que el *Tratado*, si recibe una lectura específicamente literaria, puede resultar un texto rico, original, lleno de sugerencias. Leído exclusivamente como libro de viajes siempre quedará relegado a ser un texto descriptivo, un documento de época más interesante para la historia de las mentalidades que para la historia de la literatura. Como mucho, el relato desapasionado de la siempre apasionante aventura del viaje en la Edad Media. En todo caso, si olvidamos su carácter autobiográfico, estaremos lejos de poder entender lo que el autor se

propuso escribir y abocados a leerlo como el texto didáctico y distante que seguramente luchó por evitar.

Rafael Beltrán  
Universidad de Valencia

## NOTAS

1. Seguiremos siempre en nuestro artículo la más moderna edición del *Tratado de las andanças e viajes de Pero Tafur*, Barcelona, El Albir, 1982, a cargo de Francisco López Estrada. Es facsímil de la primera, que realizara Jiménez de la Espada en la "Colección de libros españoles raros e curiosos, t. VIII", Madrid, 1874, pero incorpora una "Presentación bibliográfica" del editor; facsímil del hasta el momento más completo artículo escrito sobre la obra, "Andanças e viajes de un hidalgo español (Pero Tafur, 1436-39), con una descripción de Roma", de José Vives Gatell (publicado originalmente en *Spanische Forschungen der Görresgesellschaft*, VII (1938), pp. 127-207; reproducido con ligerísimas correcciones en *Analecta Sacra Tarraconensia*, XIX (1949), pp. 123-215); facsímil, además de la edición, de las ilustraciones y notas de J. de la Espada, "trabajo ímprobo y muy meritorio", pero defectuoso por antimetódico, como afirma el mismo J. Vives; se añaden, además, índices onomásticos, toponímico y de materias. El *Libro del conocimiento de todos los reinos e tierras e señoríos que son por el mundo* ha sido igualmente reeditado por López Estrada en Barcelona, El Albir, 1980. La anterior edición, con notas, vocabulario y apéndices del mismo J. de la Espada, había aparecido en el *Boletín de la Sociedad Geográfica de Madrid*, tomo II (1977), pp. 6-66, 98-141 y 185-210. La obra es cada vez más apreciada como descripción geográfica avanzada para su época, como afirma J.K. Hyde, en "Real and Imaginary Journeys in the Later Middle Ages", *Bulletin of the John Rylands University Library of Manchester*, LXV (1982-83), pp. 125-47 (vid. espe. para nuestro *Libro*, pp. 145-147). La mejor edición, paleográfica, de la *Embajada a Tarmorlán* de Ruy González de Clavijo la debemos nuevamente a López Estrada, Madrid, CSIC, 1943. Él mismo prepara una ed. crítica de la obra. Argote de Molina había utilizado un ms. hoy perdido, para su ed. de Sevilla (1582). Fue el que siguió la imprenta de Antonio de Sancha (Madrid, 1782). Y a estas dos, modernizando la ortografía, la más reciente ed. de Ramón Alba (Madrid, Miraguano, 1984).

2. Miguel Angel Pérez Priego, "Estudio literario de los libros de viajes medievales", *Epos*, I (1984), pp. 217-239; *Libros españoles de viajes medievales*, ed. de J. Rubio Tovar, Madrid, Taurus, 1986; Franco Merigalli, *Cronisti e viaggiatori castigliani del quattrocento (1440-1474)*, Milano, 1957; Bárbara W. Fick, *El libro de viajes medieval español*, Santiago de Chile, Editorial Universitaria, 1976.

3. Solamente ha sido tratada, sin embargo, desde esa perspectiva por López Estrada, "Procedimientos narrativos en la *Embajada a Tarmorlán*", *El Crotalón. Anuario de Filología Española*, (1984), pp. 129-146. Para una aproximación muy distinta, pero igualmente valiosa, incidiendo en la veracidad e importancia de los datos aportados, vid., Antonio Bravo, "La Constantinopla que vieron Ruy González de Clavijo y Pero Tafur: los Monasterios", *Erytheia*, III (1983), pp. 39-47, y "La crónica de los Gattilusios y otras cuestiones de historia bizantina en la *Embajada a Tarmorlán*", *Estudios clásicos*, LXXXVIII (1984), pp. 27-37.

4. Jean Richard, *Les récits des voyages et de pèlerinages*, Turnhout, Brépols, 1981, p. 36.
5. F. Lázaro Carreter, "*Lazarillo de Tormes*" en la picaresca, Barcelona, Ariel, 1972, p. 21. *Vid* también las interesantes apreciaciones sobre lo autobiográfico en J.B. Avallé-Arce, "Tres comienzos de novela", *Nuevos deslindes cervantinos*, Barcelona, Ariel, 1975, pp. 213-243.
6. El itinerario ha sido detallado más pormenorizadamente en mi artículo, "Tres itinerarios trazados sobre el *Tratado de las andanças e viajes de Pero Tafur*", *Monteolivete* (1985), pp. 17-34.
7. La relación del libro con la galería de retratos ha sido sugerida por Rubio Tovar en su ed. cit., p. 93. Jörg von Ehingen adornó su libro de viajes con los nueve retratos de reyes a los que se glorificaba de haber visitado: *vid. The diary of Jörg von Ehingen*, tr. y ed. Malcolm Letts, Londres, 1929, y *cfr. J. Richard, Les récits...*, pp. 50-51.
8. La historia resulta tan inconcebible como sugestiva: "...un emperador de Constantinopla mandó por todas sus tierras que pechasen é sirviesen é en toda cosa contribuyesen los fidalgos y gualmente con los villanos; é los fidalgos de su señoría, viendo tan grant desaforamiento, fablaron con su fijo mayor...". El emperador, indignado contra el hijo que hacía de portavoz de la protesta nobiliaria, lo mandó desterrar, y el Príncipe, por no querer enfrentarse con su padre, huyó de su tierra y llegó a Castilla (*Tr.* pp. 141-143; la historia entera ocupa *Tr.*, pp. 141-149).
9. *Cfr. Primera crónica general de España*, ed. R. Menéndez Pidal, Madrid, Gredos, 1977, t. II, pp. 648-651, esp. p. 650b: "...fue este conde don Henrric natural de tierra de Constantinopla, et cormano del conde don Remondo, padre dell emperador, et casó, como dixiemos, con donna Teresa, fija daquel rey don Alfonso...", en el reinado de Alfonso VII; nada encontramos en el de Alfonso VI. Aunque ya Pérez de Guzmán afirmara que ese linaje "en historia auténtica no se halla", casi todas las contradictorias explicaciones genealógicas, alguna de ellas relativamente convincente, son recogidas por Jiménez de la Espada en su "Catálogo biográfico", bajo los títulos PERYLLAN, pp. 480-83 (*vid.* también la curiosa etimología), y bajo YLLAN (D. ESTEBAN), pp. 554-556.
10. La *Primera crónica general*, en efecto, atestigua a Pero Royz Tafur como destacado en la toma de Córdoba (pp. 729b39 y 730b21). La duda entre el hijo o el nieto está en *Tr.*, p. 145.
11. Corominas recoge para la voz "TAHUR" dos étimos de significado casi contrapuesto: armenio *thaphúr*, 'abandonado, desnudo, moribundo', y también armenio *tagavor*, 'rey'. En todo caso, el nombre era aplicado a los auxiliares armenios de los Cruzados, famosos por su pobreza y bestialidad, que podían llegar incluso a la antropofagia; *cfr. La Gran conquista de Ultramar*, BAE, XLIV, Madrid, 1877, *passim*, p.e., p. 211. Con la "f" aspirada, la palabra ya tenía en el XIV el sentido actual, lo que no deja de implicar sospechas hacia la decisión de

reivindicar un apellido de resonancias tan peyorativas... Debo agradecer aquí - *addendum* justificadísimo a la escritura original del artículo- que José Antonio Ochoa Anadón pusiera en mis manos su interesantísimo estudio, que no había podido todavía consultar, "Pero Tafur: un hidalgo castellano emparentado con el Emperador bizantino. Problemas de heráldica", *Erytheia*, VI, 2 (1985), pp. 283-293 (*vid.* del mismo autor, "El viaje de Pero Tafur por las costas griegas (I)", *Erytheia*, VIII, 1 (1987), pp. 33-62 y el art. sobre "El viaje de Pero Tafur por Tierra Santa", en estas mismas *Actas*). Me congratulo de que, por la vía del estudio histórico y heráldico, llegue a semejantes conclusiones respecto al episodio, y en concreto a la de que la historia de Tafur resulta, hoy por hoy, inverificable, aunque tampoco hemos de pensar que sea legendaria.

12. Tafur no era equiparable ideológicamente a un Diego de Valera, Díez de Games, Rodríguez de Lena, García de Montalvo, etc., todos ellos adscritos a una baja nobleza *rural*, todavía firmemente asentada en la defensa de sus prerrogativas militares. Tafur, como Pedro de Escavias, formaba parte -como veinticuatro de Córdoba- de una aristocracia *urbana*, de caballeros patricios en la que casi la misma importancia tenían los burgueses enriquecidos gracias al comercio, la industria o el ejercicio de las artes liberales, como los segundones de familias hidalgas y antiguos oficios reales, más apegados éstos a sus rentas aún básicamente rurales (*vid.* sólo S. Sobrequés, "la Baja Edad Media Peninsular", en la *Historia social y económica de España y América*, vol. II, Barcelona, Vicens-Vives, 1979, pp. 3-356, pero esp. 128-138).

13. Para la biografía de Tafur el mejor estudio continúa siendo el de Rafael Martínez de Arellano, "Estudios biográficos: Pero Tafur", *Boletín de la Real Academia de la Historia*, XLI (1901), pp. 273-298. El punto de su ciudad de origen ha sido corregido por J. Vives, "Andanças...", pp. 5-11.

14. Para los intereses genealógicos, *vid.* sólo B. Tate, *Ensayos sobre la historiografía peninsular del siglo XV*, Madrid, Gredos, 1970; José Luis Romero, "Sobre la biografía española del siglo XV y los ideales de la vida", *Cuadernos de historia de España*, I-II (1944), pp. 115-138; y Roger Boase, *El resurgimiento de los trovadores*, Madrid, Pegaso, 1981. Sin embargo, respecto a la realidad de un viaje con objetivos básicamente comerciales, casi es excepcional la opinión de Malcolm Letts, quien, partiendo de una referencia de Pirenne a Tafur como comerciante, puntualiza: "Possibly he was not so far from the truth. One feels that our hidalgo could have written an excellent treatise on bills of exchange", *Pero Tafur Travels and Adventures 1435-1439*, trad. y ed. con una introducción por Malcolm Letts, London, Routledge, 1926, pp. 16-17.

15. B. Sánchez Alonso, *Historia de la historiografía española*, I, Madrid, CSIC, 1947, p. 347.

16. Para la biografía de Alonso Carrillo, *vid.* *La "Gaya Ciencia" de P. Guillén de Segovia*, trans. de O.J. Tuulio; intr., vocales e índices de J.M<sup>a</sup> Homs, Madrid, Clásicos Hispánicos, 1962, pp. 1-45; y el fundamental art. de Eloy Benito Ruano,

"Los Hechos del arzobispo de Toledo don Alonso Carrillo, por Guillén de Segovia", *Anuario de Estudios Medievales*, V (1968), pp. 517-530. La última ed. y estudio de Monrroy es *Vida e historia del maestro de Alcántara, don Alonso de Monrroy*, ed. de Leonardo Romero, Tarragona, Tarraco, 1978. Para un estado de la cuestión sobre la independencia de esta biografía, *vid.* Alan Deyermund, "La historiografía trastámara: ¿una cuarentena de obras perdidas?", en *Estudios en Homenaje a Don Claudio Sánchez Albornoz*, IV (Anejo Cuadernos de Historia de España), Buenos Aires, 1986, pp. 165-168.

17. *Vid.* de nuevo Avalor-Arce, "Tres comienzos...".

18. *Cfr.* *The Travels of Leo of Rozmital [through Germany, Flanders, England, France, Spain, Portugal and Italy], 1465-67*, trad. y ed. de Malcolm Letts, Cambridge Univ. Press, 1967, p. 31. Letts señala cómo se detienen y admiran los baños calientes de Baden también otros viajeros, pero en ninguno encontraremos los juegos picarescos con que se divirtió Tafur.

19. *Vid.* más detallados en mi art. "Tres itinerarios", pp. 25-8.

20. *Vid.*, *Ibid.*, pp. 28-9.